

“Desde el momento me trató Romero perfectamente y con-
 “versé con él en el camino. En Zitácuaro encontré á Riva
 “Palacio, que me recibió, á fe mía, con la mayor amabilidad
 “y me dió alojamiento con su mayor general García, del cual
 “sólo puedo hacer elogios. Riva Palacio viene algunas veces
 “á visitarme, y su conversación espiritual me hace pasar ho-
 “ras muy agradables. Si añadido que he hecho otros conoci-
 “mientos con otras personas de buena educación, vdes. com-
 “prenderán que el prisionero se halla, relativamente á su
 “enfadosa situación, lo más bien posible.”

“Un mes después de haber caído prisionero, el día 16 de
 Octubre, le dió D. Vicente Riva Palacio la grata sorpresa
 de decirle que desde aquel momento quedaba en libertad.
 Becker había sido canjeado por otro jefe republicano, y vol-
 vió á sus filas lleno de gratitud hacia el hombre que le había
 tratado, no como á un contrario vencido, sino como á un
 amigo.” Hasta aquí Zamacois.

Por mi parte, y como complemento de este capítulo, trans-
 cribo á continuación dos cartas, una de Becker y otra del ge-
 neral Arteaga. La primera dice:

“Sr. D. Vicente Riva Palacio.—Zitácuaro.—Maravatío,
 Octubre 8 de 1864.—Muy señor mío de mi aprecio.—Me
 aprovecho de esta oportunidad para manifestarle á vd. que
 he llegado á ésta sin novedad, y para repetirle á vd. mis muy
 expresivas gracias por la cortesía y consideración con que he
 sido tratado en Zitácuaro.

“Siento mucho que los señores que han sido canjeados por
 mí hayan sido detenidos aquí hasta mi llegada, pero ahora
 están ya en completa libertad y han tenido la bondad de pro-
 meterme llevar esta carta para vd.

“Suplicando á vd. haga presente á los Sres. García, Ro-
 mero, Lebrija, Parada y Jaime mis más finas memorias, me
 repito de vd. su atento y S. S. Q. S. M. B.—Waldemaro Bec-
 ker.”

Los canjeados por el capitán ruso fueron el teniente coro-
 nel Juan García y un capitán cuyo nombre no he podido ave-
 riguar, ambos hechos prisioneros en el ataque dado á Pátz-
 cuaro por el general Pueblita.

La carta del general Arteaga es como sigue:

“General Arteaga.—C. Guzmán, Octubre 8 de 1864.—Se-
 ñor Gobernador D. Vicente Riva Palacio.—Muy estimado
 amigo y compañero:—Ayer fueron publicados y solemniza-
 dos debidamente los partes que vd. me remitió y que yo he
 acogido con mucho placer.

“Sírvasse vd. manifestar á los vencedores de la hacienda de
 Ayala y puerto de Medina, la complacencia con que he reci-
 bido la noticia de sus triunfos, y cómo lo he mandado comu-
 nicar al Ejército para su conocimiento y emulación. Admita
 vd. á la vez mis plácemes porque las armas de sus órdenes
 inmediatas están ilustrando la segunda época de nuestra in-
 dependencia, y gracias por el digno comportamiento de vd. y
 de sus fuerzas, de que ya dí ayer conocimiento al Supremo
 Gobierno Nacional.

“El enviado de vd., teniente coronel Carrillo, me ha en-
 tregado los mismos partes y las importantes comunicaciones
 quitadas al oficial prusiano prisionero, que me han servido en
 gran manera para estos momentos, y de cuya remisión pronta
 y eficaz doy á vd. las debidas gracias, etc., etc.—Soy de vd.
 atento amigo, compañero y s. s. q. b. s. m.—José María Ar-
 teaga.”

Los pliegos interceptados al oficial ruso contenían nada me-
 nos que las instrucciones dadas al general Márquez para con-
 currir al plan de campaña de Bazaine sobre el Cuartel Gene-
 ral republicano situado en el Sur de Jalisco. Este plan abortó
 por de pronto y sirvió para que Maximiliano no hubiese po-
 dido prolongar su viaje de recreo hasta Guadalajara. Ya ve-
 remos en el capítulo siguiente cómo cambió de rumbo, diri-
 giéndose á Michoacán.

CAPÍTULO XVII.

(1864)

Reorganizase la administración pública.—Protección decidida á la enseñanza primaria.—Energía de Salazar sobre los politicastos.—Los gastos del imperio.—Viaje del *Emperador*.—Comedia que representó en Dolores Hidalgo.—En León mandó que la música tocase los cangrejos.—Su entrada en Morelia, vestido de chinaco.—Su permanencia en la ciudad y durante ella algunas escenas trágico-cómicas.—Nombramiento de del Moral para prefecto del Departamento.—D. Alejandro Ortega, Secretario del Gobierno.—Despedida de Maximiliano.

Ya es tiempo de que volvamos á ocuparnos de Salazar y de sus fuerzas que operaban en el centro y Sur del Estado.

El general, no obstante su deseo de mandar personalmente algunas de las expediciones que llevaba á cabo, se veía en la necesidad de permanecer al frente del Gobierno y de atender, no sólo al ramo de guerra, lo que hacía de preferencia, sino á los demás de la administración pública.

Ya vimos cómo la defección de Caamaño había producido honda desmoralización y desconfianza entre los jefes del ejército, acefalía en los pueblos, y en consecuencia, una falta casi completa de recursos.

La presencia de D. Justo Mendoza en la Secretaría de Gobierno fué provechosa y eficaz para reorganizar la acción administrativa: se nombraron nuevos prefectos y comandantes militares en los departamentos del Estado, yendo á funcionar los nombrados en las cabeceras de aquellas demarcaciones, si no estaban ocupadas por el enemigo, y en las que tenían destacamentos de éste, iban á situarse dentro de su jurisdicción,

haciendo la campaña, siquiera fuese como guerrilleros. La administración de justicia tenía siempre expeditos los tribunales, consistentes entonces en los juzgados de 1ª Instancia y en los alcaldes, lo cual bastaba para llenar en esta línea las más urgentes necesidades de los pueblos. Se establecieron administraciones de rentas y se diputaban comisionados de hacienda que fuesen á hacer el cobro del impuesto único. Los Ayuntamientos, restablecidos, como ya hemos dicho, se consagraban á sus trabajos municipales y ayudaban con importante cooperación á los jefes militares. Por último, y como cosa muy digna de mencionarse, consagró el Gobierno una atención esmerada al sostenimiento de las escuelas públicas primarias, cuidando de que no faltasen los profesores, ni en las de hombres ni en las de niñas, y hasta donde era posible, las proveía de libros y de útiles. Creo de justicia y como un legítimo orgullo del partido liberal michoacano, consignar estos rasgos salientes de los gobernantes de aquel Estado en la dilatada época que duró la campaña.

La energía y el carácter indomable de Salazar pusieron en quietud á los politicastos que habían hecho la oposición á Berriozábal y á Caamaño, y permitieron á aquel jefe consagrarse tranquilamente á organizar y disciplinar su ejército.

Como Márquez, desde Morelia, no podía distraer su atención en varias partes al mismo tiempo, ni contaba con fuerzas suficientes para ello, se había limitado á su campaña de Zitácuaro, ya porque colocado este baluarte de los liberales muy cerca del camino de México á Morelia, constantemente se interrumpían las comunicaciones entre ambas ciudades, ya por la audacia y el valor de los guerrilleros que allí tenían su cuartel general y que eran tanto más temibles, cuanto que estaban bajo la dirección de una inteligencia clara y pronta.

Por este motivo hubo una especie de tregua en las operaciones militares en el resto del Estado, lo que favoreció las miras de Salazar, quien se dedicó á instruir y disciplinar la división de Michoacán, á fin de que pudiese entrar luego en una campaña activa.

Las dos siguientes cartas nos darán á conocer cuál era la marcha de su política y el desarrollo de su táctica. Dicen así:

"Sr. Gral. D. Vicente Riva Palacio.—Uruapan, Septiembre 9 de 1864.—Muy querido chinaco:—Parece que los traidores se han propuesto molestarte, porque, según las comunicaciones que he recibido del comandante militar de esa plaza (Zitácuaro), Valdés y Lamadrid te han visitado (se refiere á las jornadas del 14 y 15 de Agosto). De preferencia te recomiendo al Sr. Morales para que me lo auxilies con armas y hombres, con objeto de que su fuerza adelante, pues creo que sin estos elementos está expuesto á sufrir un descalabro.—Los veinte quintales de plomo que te pedí son para el Cuartel General, y espero por lo mismo que me los mandes violentamente. Por acá no ha ocurrido novedad notable, pues el general Régules que expedicionaba por el Departamento de Zamora, ha llegado sin novedad, logrando la ventaja de alentar á los pueblos que visitó y tener en constante alarma al enemigo que ya nos creía muertos.—Sabes que te quiere bien tu amigo y compañero.—C. Salazar."

"Correspondencia particular de Carlos Salazar.—Zitácuaro.—Sr. Gral. D. Vicente Riva Palacio.—Uruapan, Octubre 4 de 1864.—Mi muy querido chinaco:—He recibido tus dos gratas, fechas 12 y 20 del mes próximo pasado, y tengo el mayor gusto, porque veo en ellas que sigues dándoles la función á los traidores; sigue así, pues te estás portando como la gente. Felicita en mi nombre á Romero y dale un fuerte abrazo.—Inmediatamente remito tu parte al Cuartel General por un correo expreso, para que cuanto antes tenga conocimiento el General en Jefe de ese glorioso hecho de armas.¹—Me dices en la tuya del 19, que mientras que los traidores no tengan otro punto de vista que tú, no han de molestarte: á esto te diré que el comisionado tuyo y el mío han marchado ya al Cuartel General y espero que dentro de muy poco podré mover fuerzas para que obren en combinación con las tuyas, pues te he dicho ya que mis deseos son de que nos ayudemos mutuamente.—Se sabe que Maximiliano, después de haber ido á Dolores Hidalgo á representar la comedia del grito de independencia el 16 del pasado, ha regresado á Guanajuato y llega de un momento á otro á Morelia. Viene escoltado por fran-

¹ El del Puerto de Medina.

ceses, y los traidores de Morelia creen que con ellos abrirá la campaña en este Estado.—El general Régules expediciona por el Sur del Estado y ha llegado hasta Santa María (goteras de Morelia), haciendo encerrar á todos los traidores en su plaza, y ha regresado á Tacámbaro sin novedad. He recibido el plomo á que te refieres, y según me dice Morales espero más.—Vuelvo á felicitarte por tus triunfos y repito que deseo que estemos muy pronto obrando en combinación y en perfecta armonía, pues así debe ser, porque conviene al bien general de nuestra santa causa y muy particularmente á quien se repite tuyo afmo. amigo que mucho te quiere y B. T. M.—El chinaco Carlos Salazar."

En lo que he venido refiriendo se han hecho alusiones al viaje emprendido por Maximiliano al interior del país. Prescindiría de narrar esta puerilidad del *Emperador*, si no fuera porque entre los puntos que recorrió el *tourista* real, estuvo Michoacán, ó más bien dicho Morelia, la ciudad cabecera del Departamento. Entra, pues, en los límites de esta historia que nos ocupemos de este grande acontecimiento. Antes haré una rápida reseña de la política imperial.

Desde que Maximiliano tomó posesión de su *imperio*, inició una marcha liberal, haciendo alarde de despreciar á los clericales, á quienes llamaba *cangrejos* y *pelucas*, burlándose él y su esposa, la *emperatriz* Carlota, de las ideas retrógradas de sus ardientes partidarios. Todo su afán era rodearse de liberales, y con hombres que habían figurado en ese partido formó su ministerio. Hacía alarde de ideas democráticas, lo que no le impidió asignarse para él y para su esposa sueldos colosales, fuera de los inmensos gastos de la casa imperial. El *emperador* tenía millón y medio de pesos cada año y señaló á la *emperatriz* doscientos mil para alfileres. Se aplicó quinientos mil para su viaje de Miramar á México, y fijó crecidas sumas para la retribución anual del Mariscal de la Corte, chambelanes, médicos, caballeros, damas de honor y demás servidumbre. Imagínese el lector lo que costaba esa farsa que, por

cierto, no era pagada de los fondos de diezmos ni de las obenciones parroquiales, sino de los dineros de la nación: de modo que, el solo personal del ejecutivo del imperio, costaba más del doble de lo que hoy, bajo la República, cuestan el Presidente, los diputados y los senadores y sus respectivos empleados. Todo esto sin contar los gastos extraordinarios de recepciones, viajes y demás fiestas *que exige el decoro real*.

En medio de todo esto ideó Maximiliano el viaje á que me refiero, protestando que le serviría para estudiar las necesidades del país. Naturalmente esta excursión se hizo por lugares ocupados por fuerzas de la intervención, y las ovaciones con que fué recibido el *Emperador* estaban dirigidas por las autoridades imperialistas. Encomendando la regencia del imperio á su augusta esposa la *Emperatriz* Carlota, salió de México el día 10 de Agosto, acompañado de un consejero de Estado, de un chambelán de la corte, de un secretario, de varios escribientes y de algunos oficiales franceses. Lo escoltaba una columna de caballería franco-mexicana, á las órdenes del comandante Loysel, de quien iba como subalterno el famoso coronel Miguel López, confidente íntimo de Maximiliano en aventuras amorosas y en la trágica de Querétaro.

El 15 de Agosto, día del santo del emperador Napoleón, Maximiliano ofreció en San Juan del Río un banquete á las tropas francesas, en el que expresó su gratitud al protector del imperio mexicano. El 17 llegó á Querétaro, permaneciendo en aquella ciudad seis días. De la llegada á esta ciudad, dice M. Gaulot en su libro "L'Empire de Maximilien:"—"Al entrar á Querétaro, Maximiliano quedó sorprendido de no ver entre las autoridades que salieron á recibirlo al obispo Monseñor Gárate: su sorpresa aumentó cuando supo que desde hacía mucho tiempo que aquel prelado vivía tranquilamente en México con el pretexto de que su palacio episcopal estaba inhabitable, y que no era decoroso para su alta dignidad arrendar una casa particular.—A poco tuvo otra prueba de la apatía del clero en todo aquello que no afectara sus intereses y bienestar: supo que desde hacía veinticinco años no recibían el bautismo algunos indios residentes en los alrededores. Manifestó en el acto su deseo de ir á ver á aquellos abandona-

dos, de hacer que fuesen bautizados y anunció su intención de servirles de padrino. A estas nuevas, el obispo creyó necesario salir de su torpeza y despachó dos sacerdotes para administrar el bautismo, lo que se hizo como decía Maximiliano "con bombas de incendio" riéndose de los singulares efectos que había producido su intervención." El 23 siguió su viaje por Apaseo, Celaya, Salamanca é Irapuato, en donde volvió á detenerse por una ligera inflamación de garganta. El 10 de Septiembre recibió al general Uraga, invitándolo á su mesa. El 13 llegó á San Miguel de Allende y el 16 entró en Dolores Hidalgo, en donde con aparato dramático solemnizó el aniversario del grito de independencia, á las once de la noche, pronunciando un discurso que no brilla por su literatura. El 17 salió de Dolores y llegó el 18 á Guanajuato: allí permaneció hasta el 26, el 27 estuvo en Silao, en donde no se le hizo manifestación alguna. El 28 llegó á León: allí pasó un caso curioso que refiere el clerical Arrangoiz en los siguientes términos: "La autoridad había prohibido una canción en que se injuriaba á los conservadores y que se titula *Los Cangrejos*: sabida por Maximiliano la prohibición, la levantó, mandando que la tocaran mientras Su Majestad Imperial almorzaba: era un insulto manifiesto al partido que le había llevado al poder." El 29 le correspondió Uraga el banquete, y el 1º de Octubre salió para La Piedad, de donde prosiguió su viaje el día 8; el 9 pernoctó en Panindícuaro, el 10 en Tecacho y el 11, á las diez de la mañana, hacía su entrada en Morelia, vestido de *charro* y *con corbata roja*, lo que no halagó á los republicanos y sí llenó de despecho á los clericales.

Antes de narrar la permanencia del *Emperador* en Morelia, diré que los periódicos imperialistas de la época hacían alarde de que Maximiliano recorría el interior del país con una sola escolta, sin haber sido molestado con la presencia de ninguna fuerza regular ni guerrillas de los liberales en el largo camino recorrido. Yo no sé si desde México á la Piedad bastaron para esa tranquilidad las numerosas guarniciones del imperio que había en los pueblos y ciudades del trayecto; lo que puedo afirmar es, que desde antes de que entrara al territorio de Michoacán y durante su viaje desde la Piedad hasta Morelia se

movían columnas de franceses y traidores en toda aquella parte del Estado, y se hallaban estacionadas las fuerzas de Márquez en Zacapu, Coeneo, Puruándiro, Quiroga y Pátzcuaro, formando una muralla de hombres de uno y otro lado y á muy corta distancia de la vía por donde caminaba el usurpador.

El general Salazar, curioso de saber lo que pasaría en Morelia con motivo de las fiestas preparadas allí para la recepción de Maximiliano, y no queriendo atenerse á informes de simples espías, envió al teniente coronel Antonio Mejía, nativo y vecino de aquella ciudad, para que procurase presentarlo todo. Igual comisión recibieron otros oficiales inteligentes. La narración de éstos, la de D. Francisco Otero, comerciante de la misma ciudad, conservador recalcitrante y que fué á Uruapan después de aquellos días y platicaba públicamente del asunto, y una carta de la esposa de D. Justo Mendoza, están de perfecto acuerdo en los detalles que caracterizaron la permanencia de Maximiliano en Morelia; pero yo los tomaré de una carta interceptada en la diligencia de México; porque ese documento, conforme en todo con aquellos datos, es curioso por más de un título. La susodicha carta está escrita por un vecino de la misma ciudad de Morelia, conservador por los cuatro costados, pero que ha sido siempre un hombre veraz, intransigente y justo, si bien irónico y acre en su estilo. La carta iba dirigida á un amigo suyo, persona muy respetable, que por aquella época residía en México, y dice así:

“Morelia, Octubre 18 de 1864.—Sr. D. J. M. C. D.—México.—Estimado amigo:—Ni envidia le tengo á vd. con sus recepciones, sus bailes y sus solemnes fiestas reales en esa capital. Las que aquí han tenido lugar con motivo de la entrada de nuestro *Empeorador*, no se parecen á nada por lo estupendas, magníficas y demás cosas. La verdad es que todos aguardábamos con ansia al susodicho *Empeorador* para ver si remediaba esta situación, porque ya le he dicho á vd. desde antes, que vivimos con la misma jeringa, aunque con distinto palo. Antes eran los *chinacos* los que nos extorsionaban, ahora son nuestros *mochos* los que hacen lo mismo. ¡Sea por Dios y

venga más! Del Moral ha sido nombrado Prefecto Político y Alejandro Ortega es su Secretario. Al saberlo dimos las gracias al cielo; pero esto no es más que una ilusión, porque los han dejado con las manos atadas y los tiene vd. como los ciegos, conduciéndose el uno al otro. Todo es aquí militarismo, arbitrariedad, altanería y corrupción.

“Pero vamos al caso.

“Todo el día 10 se pasó en preparativos, levantando arcos y adornando las calles en la carrera de la Merced con mascaradas, gallardetes y fajas de los tres colores nacionales. En la mañana del 11 la vía estaba tapizada de mirasoles y había músicas de todas partes, hasta de Jesús del Monte.

“Entre los arcos, uno que estaba por La Bandera Blanca, era el que más llamaba la atención, pues de lo alto colgaba una niña rubia como el sol, vestida de ángel y teniendo en las manos un letrero que decía: “Gloria á Dios en las alturas y paz á los hombres de buena voluntad.” Esa infeliz, expuesta á la insolación, es hija del Lic. R. C., partidario del imperio y de la desecación de la laguna de

“En otro arco figuraba el famoso lema de “Equidad en la justicia:” y en los demás había dísticos, parto del cacumen de nuestro poeta seráfico, ya sabe vd., el gongórico.

“Por supuesto, como vd. conoce á esta gente, en la mañana aparecieron parodiados los dísticos, escritas las parodias con carbón en las paredes de las casas inmediatas á los arcos.

“Una cabalgata de más de cien de los jóvenes de nuestra más escogida sociedad, fué hasta Cuto de la *Esperanza* (mal nombre que le puso á aquel rancho D. Epitacio Huerta): allí hicieron la *topa* y al regreso se les fueron incorporando más jinetes, que en su mayor parte parecían vaqueros que iban al encuentro de la torada, pues vd. comprenderá que no todos llevaban trajes decentes.

“Por fin apareció el *Emperador* en la garita de Chicácuaro, con pantalonera con botones de plata, chaqueta y chaleco blanco, sombrero galoneado y una escandalosa corbata roja: montaba un caballo negro con silla vaquera. Por supuesto que á la *mochitanga* no le cayó muy en gracia ver al *güero* disfrazado de *chinaco*. En cuanto á él, venía muy ancho y no

quiso aceptar la carroza que le enviaron hasta más allá de la garita.

“En todas las ventanas, en las calles y hasta en las azoteas, había mucha gente que por espíritu de partido ó por simple curiosidad se agolpó en el rumbo de la Merced. Él veía todo esto con viva satisfacción é iba saludando á uno y otro lado, principalmente á los grupos encargados de gritarle vivas.

“Hubo otra nota discordante. Al llegar á la plaza, frente á la casa de D. Francisco Grande, una comisión del clero lo invitó á dirigirse á la Catedral en donde estaba preparado el Te Deum. Su Majestad manifestó que estaba ya muy fatigado y que deseaba llegar á su alojamiento. Los *mochitos* nos tragamos este nuevo desaire.

“Había una inmensa muchedumbre, y no sin trabajo llegó por fin á la casa de Pachita Román, convertida en Palacio Imperial. Allí, al entrar, hizo un gesto de indignación, y á mí se me pusieron coloradas de vergüenza las orejas. Los comisionados para recibirlo en su alojamiento, tan luego como llegó á la puerta, se *hincaron de rodillas*. Esos comisionados eran A. J. y D. M.; E. A. C.; M. de E.; J. M. de H. y Don I. A. Lo peor del caso fué que una parte del pueblo siguió el ejemplo; pero no faltaron voces que gritaran: “no es el viático, no se hinquen!”

“Apenas acababa de instalarse Maximiliano, cuando llegó el cabildo eclesiástico en masa, vestidos los señores canónigos con sus sotanas moradas y sus sombreros acanalados con borlas del mismo color. Ese día supe que ése se llama traje *prelaticio*, y aunque siempre los había visto así, mucho subieron á mis ojos con ese nombre retumbante de *prelaticio*, de que todo el mundo hablaba como de una novedad. Los canónigos no tuvieron en consideración el cansancio ni el hambre de S. M. y lo fastidiaron cerca de media hora.

“En la comida estuvo, puedo decir, en familia, lo que no fué poca fortuna para él, recibiendo las finas y esmeradas atenciones de Pachita Román, á quien en esa hora preconizó Dama de Honor de Palacio, cuya noticia circuló en el acto por la ciudad y á porfía exclamaban con orgullo los nuestros: “ya tenemos dama de honor moreliana.”

“En la tarde salió á visitar las cárceles: en la de hombres le dijeron que había muchos chinacos presos, lo que no le hizo fuerza. Al regresar de las Recogidas se dirigió á la catedral. No creía yo que hubiera tantos clérigos en Morelia; lo cierto es que estaba el atrio lleno, haciéndose notables los antiguos frailes exclaustros, todos con sus trajes de reglamento. Los canónigos lo recibieron bajo de palio, y él apenas podía dar paso, pues que pelados y mujeres se le acercaban para verle la cara, deseosos de saber en qué se diferencia un emperador de los demás hombres. No faltaron algunos malcriados que decían casi en voz alta: ¡Vaya! sí se parece todo entero á D. Víctor Backhausen.¹ Esta frase aumentó la curiosidad, y la muchedumbre creció para cerciorarse de la semejanza.

“Aquí va lo bueno. En la noche se organizó en el portal de Matamoros un vítor de señoras y de señoritas. Lo más grande de la sociedad, la aristocracia, digámoslo así. Todas las casas del centro estaban iluminadas con vasos de colores y cazuejas de manteca, y las torres de catedral parecían una ascua de oro. Había más de veinte músicas que todas tocaban al mismo tiempo diversas piezas. ¡Aquello era encantador!

“Por fin salió la procesión. En medio las señoras y señoritas con cirios de cera, y á los lados los hombres, llevando banderas tricolores, precedidos por uno que llevaba un estandarte con el retrato del Emperador, y una que conducía un pendón con el de la emperatriz. La muchedumbre acudió, como en el día, á contemplar este nuevo espectáculo. La comitiva se dirigió á la casa de Pachita Román y hubo muchos vivas á Maximiliano y á Carlota. Su Majestad salió al balcón y contestó emocionado á aquellas muestras de cariño. Luego hizo que se invitara á las señoras á pasar á la casa, en donde de nuevo les dió las gracias y se dejó abrazar de algunas. Ya fuera del salón, se destaparon centenares de botellas de champaña y se ofrecían á señoras y caballeros que apuraban las copas con entusiasmo real.

“Siguió el vítor por los portales y las calles: llovía á cántaros y tronaba el cielo, lo mismo que las botellas de cham-

¹ Este señor era un prusiano, maquinista, residente en Morelia y que en efecto tenía cierto parecido con Maximiliano.

pañá que parecían inagotables. La comitiva se había engrosado con muchos oficiales de la guarnición que se mezclaron en ella, lo mismo que la muchedumbre, introduciéndose una espantosa confusión en las filas. Y como el aguacero había apagado la iluminación é inundado las calles, la noche estaba profundamente obscura y las señoritas y las señoras pisaban un suelo *lodudo*, atascándose de una manera lamentable, y se extraviaron de sus respectivas familias algunas de ellas, hasta el grado de que en los cuarteles se mostraban al día siguiente algunas prendas de ropa interior. Así terminó la fiesta; y vamos á otra cosa.

“Decididamente el Emperador es más chinaco que su traje. ¿Qué piensa vd. que hizo? Pues en primer lugar no asistió á la misa solemne que le tenía preparado el cabildo para el día siguiente y puesto en el coro un dosel, el mejor que hay en la catedral y en el que á toda prisa se había bordado la corona imperial. No, señor; Maximiliano vestido modestamente con un traje color de haba, se dirigió á las seis de la mañana al Sagrario, acompañado sólo de un chambelán; preguntó por un clérigo, y presentándose uno de los vicarios, le manifestó su deseo de que le dijera una misa rezada, cuyo acto se verificó inmediatamente, y concluído que fué, el chambelán gratificó al presbítero con una onza de oro.

“En segundo lugar, el Emperador hace alarde de acoger con distinción á los liberales y de manifestar cierta prevención contra los *cangrejos*, como tiene la bondad de llamarnos á nosotros los *mochitos*: á tal grado es esto, que ha estado evitando recibir á Márquez, y este general se habría quedado sin verlo en Morelia, á no ser porque le ocurrió presentarle al paso, en una de las calles, á sus tropas, como para que le hicieran honores. Maximiliano apenas se detuvo unos instantes y saludando friamente al general, siguió adelante.

“Todos los demás días los ha pasado en otorgar gracias, en hacer que le lean solicitudes, en visitar las escuelas y las iglesias y en conferenciar, sin acordar nada definitivo, con las nuevas autoridades nombradas. Todos lo elogian aquí, porque se levanta muy temprano. Yo no me hago ilusiones. ¿Quién sabe si los chinacos le madruguen más?

“Si ha leído vd. toda esta inmensa carta, sepa vd. que lo quiere su afmo.—P. A.”

Al transcribir la carta anterior, he omitido párrafos y frases por la demasiada viveza de color, y algunos chistes oportunos y picantes contra personas que viven todavía. Por lo demás, repito que el contenido es una fiel narración y que está de acuerdo con los informes que rindieron los oficiales republicanos que estuvieron en Morelia de orden del general Salazar, presenciando todos estos acontecimientos. Ahora continuemos.

Pasada la novedad del primer día, en los otros seis que Maximiliano permaneció en Morelia, la población se manifestó fría é indiferente, actitud en que no se ha de haber fijado aquél, tanto por sus ocupaciones, como porque se veía rodeado constantemente de un pequeño círculo de aduladores.

Entre los asuntos á que Maximiliano dió preferencia, fué el principal el cambio de la primera autoridad política. Hacía tiempo que había sido separado de la prefectura el general D. José de Ugarte, por su exaltación en las ideas clericales, y nombrado D. Dionisio del Castillo, conservador también y que pronto cayó bajo la influencia de los más intransigentes imperialistas de Morelia. Maximiliano, por aquel entonces despreciaba profundamente á los reaccionarios, y queriendo atraerse á los liberales que hacían la guerra en el Estado, ilusión obstinada de su alma, desde que había salido de México, llevaba como candidato para la Prefectura Política de Michoacán, al Lic. D. Antonio del Moral. Era éste un ciudadano respetable por su saber, por su energía, por su honradez, por tantas prendas personales que lo adornaban. Tenía entonces cuarenta años; de modo que estaba en la edad del vigor y de la plenitud de la vida.

Del Moral se decía conservador; pero entre los hombres de este partido había y hay muchos que, conociendo los vicios y las bastardas ambiciones del clero, no podían ni pueden ser partidarios de éste. Así era D. Antonio, y además fué siempre enemigo de la intervención extranjera, indignándose su patriotismo á la presencia de los franceses, desde que pisaron el país.

En la comunicación en que se le participó su nombramiento, se le decía: "que queriendo el emperador ver realizados sus deseos, que tendían exclusivamente á la reorganización social, en todos los ramos que una justa y prudente administración abraza, y que siendo necesario que las personas de arraigo, de intereses y honradez probada, tomasen parte en los asuntos administrativos, había tenido á bien nombrarlo prefecto político de aquel departamento, teniendo la satisfacción de haber encontrado en él aquellas cualidades."

D. Antonio del Moral rehusó aceptar el nombramiento; pero llamado por el archiduque, tuvieron ambos una larga conferencia. Maximiliano era muy insinuante y en su trato sabía captarse las simpatías de las personas con quienes hablaba. Del Moral, no por debilidad, sino por una especie de compasión hacia aquel hombre, aislado en México, combatido por la codicia de los que en Francia favorecían la intervención, por las absurdas y exageradas exigencias del clero, y por la patriótica intransigencia del partido liberal, cedió al fin á las repetidas instancias, poniendo empero por condición que el gobierno imperial sacudiría toda influencia extranjera y seguiría además una marcha libre de las aspiraciones clericales. En este último punto estaban de acuerdo ambos personajes, y respecto del primero, Maximiliano ofreció á del Moral que su gobierno sería enteramente nacional y libre de influencias extrañas, tan luego como fuese posible organizarlo definitivamente, con el concurso de los mexicanos honrados y patriotas de todos los partidos, lo que no podía dudarse, puesto que se veía el empeño que él, Maximiliano, tenía en seguir esa política desde el momento en que se había fijado en del Moral, como en uno de aquellos hombres cuya cooperación le era necesaria para sacar adelante su propósito. Agregó que todo era cuestión de tiempo, de muy corto tiempo, y así se lo aseguraba.

El Sr. del Moral aceptó el encargo y nombró secretario al Lic. D. Alejandro Ortega, persona de toda la confianza del partido clerical, que había aceptado la intervención extranjera, pero que á tiempo supo apartarse de su política por no ir de acuerdo con la opinión de los obispos. En consecuencia,

en la época á que me estoy refiriendo, Ortega estaba de acuerdo con del Moral. Además, aunque exaltado monarquista, Ortega poseía sentimientos generosos y nobles, era ilustrado y de una honradez acrisolada. Ambos atenuaron, como en más de una ocasión lo veremos, la tiranía y sed de sangre de los militares del imperio.

Maximiliano abandonó á Morelia el día 18: antes de partir dirigió al prefecto político la siguiente carta, que indica cómo duraba en su alma la impresión favorable que le produjo el recibimiento que le hizo Morelia el día de su entrada en aquella ciudad.

"Señor Prefecto: Morelia se ha distinguido en sus manifestaciones de afecto hacia mí, haciéndome una entusiasta y cordial acogida que no olvidaré jamás. No puede mi corazón ser indiferente á estas pruebas de simpatía, y faltaría á los deberes que impone la gratitud, si no diera por conducto de vd. las más expresivas gracias á todos los habitantes de esta hermosa ciudad por su amable conducta. Manifiésteles vd. que correspondo á sus simpatías y que me esmeraré en conseguir la felicidad de este departamento, que deseo ver pronto tranquilo y disfrutando de la inmensa riqueza con que la naturaleza ha dotado su fértil suelo. Pronto espero volver con la emperatriz para darle á conocer una ciudad tan leal y de tan buen sentido, y entretanto, conservaré el recuerdo de su amabilidad.—*Maximiliano.*"

Del viaje de Maximiliano á Michoacán, sólo me resta decir que en su camino hacia Toluca, los comisionados de la Prefectura Política de Morelia le ofrecieron un último banquete, al pie y á la sombra de aquella colosal y frondosa encina que existe ó que al menos existía en la mesa del puerto de Medina, precisamente en la raya que divide nuestro Estado del de México. Era un sitio agreste y pintoresco que marcaba bien la diferencia en la topografía de ambos territorios. Por allí pasaba el camino carretero de Morelia á Toluca,¹ y los viajeros tenían la preocupación de creer que era tan notable el contraste entre los dos paisajes, que hasta el aire era más suave y más sabroso

¹ Hoy, el ferrocarril sigue un trayecto distinto, y en aquel punto ha ganado en hermosura, pues atraviesa el espléndido cañón de Tultenango.

del lado de Michoacán. Maximiliano estuvo allí más de una hora, manifestando hallarse contento de contemplar aquel panorama.

Maximiliano siguió después su camino. En Toluca lo esperaba la *Emperatriz*, que había hecho á caballo gran parte del camino que conduce de México á aquella ciudad. Tanto en Toluca, como en México, los dos *soberanos* fueron recibidos friamente.

CAPÍTULO XVIII.

(1864)

Actividad de las tropas republicanas.—Crescencio Morales.—Su muerte.—Combates.—Otra vez Zitácuaro.—Un bosque de zirandas.—El rey de los guerrilleros.—Los tres combates.—Guanoro.—Francisco Serrato y Donaciano Ojeda.—Derrota y muerte de Laureano Valdés.—Nicolás Romero, tres veces vencedor en un mismo día.

Mientras el *emperador* permanecía en Morelia, las fuerzas de Zitácuaro no estaban ociosas. Romero y sus subalternos habían emprendido una expedición rumbo á Toluca: atacaron á Tenango, en donde hicieron capitular á la guarnición, mandada por un capitán de apellido Trujillo: Ojeda y Tenorio recorrían las inmediaciones del camino de Maravatío á México, y Morales avanzaba por Tuxpan hacia el interior del Estado.

Por el Poniente se movían las guerrillas de Garnica y Ronda, entre Puruándiro y Morelia; Régules amagaba de nuevo á Zamora, aunque sin tratar de atacarla; Servín de la Mora se acercaba á Pátzcuaro, poniendo en alarma á la población; Gil Abarca había penetrado hasta Coacomán y expelía de allí al contraguerrillero Francisco Suárez, quien otra vez tuvo que reconcentrarse en Pátzcuaro, y en los alrededores de Morelia se movían, sin que se les pudiese dar alcance, los tres hermanos González.

Salazar, en Uruapan formaba una columna móvil compuesta de unos ochocientos hombres y se preparaba á emprender la expedición de que hablaré en el capítulo siguiente.